

de Barcelona y concejal del Ayuntamiento de Barcelona durante la República; en el exilio en Buenos Aires ejerció la gerencia de un laboratorio de productos medicinales. Contertulio de las *peñas* intelectuales de la clásica Avenida de Mayo, retornó a su Barcelona natal para reunirse con su familia después de casi tres décadas de exilio.

El doctor José María Bago, médico y alcalde de la ciudad de Santander, fue condenado a muerte por el triunfante régimen totalitario español. Fue motivo de discusión para su canje y, finalmente, pudo llegar a Buenos Aires, donde desarrolló intensa tarea de fomento, difusión y organización colectiva de los médicos pediatras. Sus labores fueron desarrolladas a partir de la dirección de los *Anales Nestle*, firma comercial que lo contrató como asesor científico médico, lo cual le permitió organizar cursos, dar becas, publicar trabajos y organizar una biblioteca pediátrica a disposición de la Sociedad Argentina de Pediatría que recibió su dinámica actividad. Con una personalidad brillante y atractiva, adquirió un extenso prestigio. A su muerte se organizó una fundación con su nombre; la misma otorga un premio anual al mejor trabajo sobre pediatría. Así se rindió homenaje a su persona y a su obra en la Argentina.

El doctor David Vallmitjana fue el médico en una familia de artistas: el abuelo, escritor, especializado —si así puede decirse— en novelas y obras teatrales de costumbres de los gitanos catalanes que hicieron las delicias del público a principios de siglo y constituyen un estudio folclórico insólito, de interés antropológico, sobre el idioma, cultura y costumbres de aquellos grupos nómadas. El padre, escultor, fue al exilio con toda la familia hacia Venezuela; allí, y después en Buenos Aires, continuó su obra de fina y moderna concepción. El nieto, David, cardiólogo, sintió la llamada de los genes y fue discípulo del crítico y pintor Svanascini. Adquirió una técnica especial al utilizar el humo como materia pictórica, con resultados fascinantes; sus últimas exposiciones son muestra de una madura producción.

El doctor Fernando Mas Robles fue discípulo de dos grandes cirujanos: Bastos Ansart, en Madrid, y Joaquín Trías Pujol, en Barcelona. Revalidó su título en la Universidad de Mendoza, donde ejerció la docencia y la práctica de la cirugía traumatológica.

Los doctores Joaquín y Antonio Trías Pujol, ex médicos militares, fueron profesores de clínica quirúrgica en la Universidad de Barcelona. El primero, decano de aquella Facultad de Medicina. Fueron largos años de docencia formativa de varias generaciones médicas, junto con su hermano Antonio, también profesor y cirujano, que se exilió en Bogotá.

Los hermanos Trías tuvieron una decisiva influencia en la reorganización de la enseñanza en su facultad y en la universidad, que adquirió autonomía durante la República y se regía bajo la dirección de un patronato de profesores universitarios de alta categoría científica, entre los que se contaban: Gregorio Marañón, Antonio Trías, José Xirau (profesor de la Facultad de Derecho) e Ignacio Bolívar (naturalista de fama internacional). Era rector de aquella universidad don Pedro Bosch Gimpera. Tal conjunto de esclarecidos catedráticos introdujo una concepción científica revolucionaria que convertía la obsoleta fábrica de títulos en una escuela universitaria europea. Joaquín Trías estuvo unos meses refugiado en Andorra y regresó prematuramente a Barcelona, donde fue expulsado del claustro docente por el sectarismo imperante. Su discípulo Mas

Robles consiguió atraerlo a Mendoza, donde desempeñó la cátedra de clínica quirúrgica, conquistando el afecto y respeto del alumnado, el cuerpo médico y la ciudadanía de aquel estado argentino.

El profesor Francisco Morán Miranda era clínico de prestigio en España, donde fue el primer discípulo del profesor Jiménez Díaz, creador de una importante escuela en la cátedra de clínica médica de la Universidad de Madrid; exiliado en Buenos Aires, se dedicó exclusivamente al desempeño profesional en el Hospital Ferroviario de la Capital Federal y por indicación del profesor Castex fue contratado en la Universidad de La Plata como profesor de Clínica Médica.

La fisiología tiene una especial connotación en la panorámica médica del exilio español. Las universidades españolas perdieron a casi todos sus fisiólogos de nota. La Escuela de Fisiología creada en Barcelona por don Augusto Pi Sunyer pasó al exilio con la mayoría de sus ayudantes y muchos discípulos, encabezados por el profesor Jesús María Bellido, que murió en Francia. Jaime Pi Sunyer Bajo (hijo de don Augusto), catedrático de fisiología en Santiago de Compostela, estuvo exiliado en Monterrey (México). El hermano de don Augusto, Santiago Pi Sunyer, catedrático de fisiología de Zaragoza, quien tuvo la fortuna de encontrarse en Rosas (Costa Brava) en territorio republicano, al iniciarse la guerra, pasó a Francia y fue contratado por la Universidad de Cochabamba (Bolivia), donde dictó cátedra durante varios años. Publicó en aquella universidad un tratado de fisiología y, posteriormente, pasó a la misma cátedra en Panamá, de donde ya jubilado regresó a Barcelona y a su casa de La Junquera, cerca de la frontera francesa.

Aparte del grupo de colaboradores de don Augusto, fueron al exilio el profesor de fisiología de la Universidad de Madrid, don Juan Negrín, artífice de la resistencia republicana desde su presidencia del Consejo de Ministros de España. El profesor José Puche fue profesor de fisiología de la Universidad de Valencia y Jefe de la Sanidad del Ejército de la República.

Así se empobrecía la ciencia española, a cuyas expensas se esparcieron por el mundo tan brillantes inteligencias.

Antonio Baltar, profesor de anatomía patológica, trabajó en una clínica de Buenos Aires como obstetra y ginecólogo, hasta que fue contratado por la Universidad de Mendoza.

Luis Saye, fisiólogo, exiliado en Buenos Aires, tuvo destacada actividad científica, y en la práctica clínica de la tuberculosis, en pocos años creó una escuela con discípulos que lo reconocen como maestro en distintas ciudades americanas. Regresó a España y murió en la pobreza en el Hospital de San Pablo de Barcelona.

La doctora Fernanda Monasterio salió al exilio en la postguerra; discípula de Marañón y destacada psicóloga, ocupó en la Universidad de La Plata la dirección del Instituto de Psicología hasta su regreso a Madrid unos años más tarde.

Uno de los últimos médicos exiliados que llegó a Buenos Aires fue el doctor Luis Córdoba, catalán, que trabajó en psiquiatría infantil en Barcelona, donde estudió la carrera. Refugiado en Francia, fue internado en un campo de concentración y permaneció allí hasta el inicio de la guerra mundial. Reunido con su esposa y su hijo, colaboró

en una organización del maquis dedicada a proteger y esconder niños judíos, en previsión de las razzias que efectuaba la policía de Pétain, para entregarlos a las SS del III Reich.

Ya en Buenos Aires fue jefe de visitadores médicos del laboratorio de un gran patriota y mecenas: Sebastián Bagó.

Posteriormente instaló una clínica de internación y tratamiento de discapacitados en Morón, provincia de Buenos Aires (dirigida por el doctor Peluffo, psiquiatra infantil argentino). Córdoba dejó una obra hipocrática y la memoria de su silenciosa heroicidad frente a la irracionalidad racista desatada en aquellos oscuros años.

También debemos recordar a un médico gallego de fecunda práctica profesional juvenil, que fue mejor conocido como patriota, plástico y fundamentalmente como político, patriarca y máximo dirigente del autonomismo gallego que vivió en el exilio en Buenos Aires hasta su regreso a Francia para ocupar un ministerio en el Gobierno Republicano Español en el exilio. Alfonso Castelao dejó un ejemplo y una obra: sus dibujos fueron una de las más dolorosas denuncias contra la violencia, la opresión y el crimen.

Doctor Juan Cuatrecasas: esta apretada síntesis de la personalidad sociopolítica y de las vidas y tareas de los exiliados, tiene otro ejemplo definidor en el catedrático en las Universidades de Cádiz, Sevilla y Barcelona en España, y en la del Litoral (Rosario), donde fue contratado por el Instituto de Psiquiatría como investigador, en la de Cochabamba (Bolivia) para un curso de fisiopatología general, y por la Nacional de la Plata en la Facultad de Humanidades, como profesor de antropología cultural y biología. Profesor titular de biología y emérito de la universidad argentina John F. Kennedy, Cuatrecasas tuvo una extensa actividad científica y cultural poliforma: dictó siete cursos entre 1938 y 1961 en el Colegio Libre de Estudios Superiores; en psicofisiología y antropología entre 1959 y 1967. En 1969 dictó Theilard de Chardin y un simposio con extraordinaria concurrencia universitaria sobre el mismo tema. Conferencias en el Instituto Municipal de Estudios Superiores de Mar del Plata, en la Universidad Nacional del Nordeste (Resistencia). Recibió títulos honoríficos, premios y la condecoración con encomienda, de la orden del mérito civil (España) en 1986, a los ochenta y siete años.

Presidió varios ejercicios el Ateneo Pi Margall de Buenos Aires; fue vicepresidente de la Federación de Sociedades Democráticas Españolas, de la Asociación de Intelectuales Demócratas Españoles y delegado general para la Argentina del presidente de la Generalitat de Catalunya en el exilio, Josep Tarradellas.

En España publicó dos libros acerca de reumatismo cardioarticular y sobre la hidrología médica, aparte de su colaboración directiva y redacción científica en revistas médicas. A partir de 1938, ya en la Argentina, inicia una larga serie de libros desde la psicobiología general de los instintos y otros con ensayos político-biológicos, de antropología, biología, biosociología, biografía (Ramón Lull, Arnau de Vilanova) y, finalmente, su *Psicología de la percepción visual*, que amplía y completa su obras sobre *El hombre animal óptico* y la *Metamorfosis del hombre masa*, la *Psicogenia de la agresión* y la síntesis de sus concepciones humanistas en *El hombre planetario*, que presentó a su ingreso como miembro numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona en 1980.

Tras cincuenta trabajos publicados desde la cátedra de Sevilla y Barcelona, publicó desde Buenos Aires noventa y un trabajos más sobre investigación médica, fisiopatología, antropología y psicología: medio siglo de labor científica. A ellos se suman veinte ensayos en un amplio espectro de la cultura: desde *Significación del filipismo*, en 1974, o *Biología y democracia*, hasta el *Neo-Humanismo Biológico* o el citado *Hombre planetario* de 1980.

Hemos cerrado nuestro incompleto panorama médico hispanoargentino con el extracto curricular de uno de los más representativos de los exiliados en Buenos Aires, en quien se han cumplido acabadamente las características que descubre Pedro Grases en los protagonistas del exilio: la dualidad de posesión y entrega a dos patrias; la de profundas raíces inolvidables y la encontrada que se adoptó con vital entusiasmo. Medio siglo en la segunda no impide la presencia permanente de la que se había desgarrado de nosotros haciéndonos sentir revividas las palabras del poeta en el destierro, dos mil años después:

Cum subir illius tristissima noctis imago,
Qua mihi supremum tempus in Urbe fuit,
Cum repeto noctem, qua mihi cara reliqui,
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.³

Ovidio

Juan Rocamora

³ Cuando se me aparece la imagen de aquella tristísima noche, que fue para mí el tiempo postrero en la urbe, cuando recuerdo la noche en que tantas cosas queridas abandoné, también ahora resbala una lágrima de mis ojos.